

nion, ellos expulsaron á los Jesuitas de su ciudad, y esparcian la voz entre los salvajes de que no habia diferencia entre la religion cristiana y la creencia en los adivinos brasileños. Despues nombraron un papa, sacerdotes y obispos que celebraban misas y oficios y confesaban, y escribian figuras extrañas é imitaban los gestos convulsivos de los adivinos; lo cual agradaba á los indígenas y los distraía del Cristianismo, confundiéndolo con los ritos de su patria.

La colonia, compuesta al principio de pocas familias, se aumentó hasta contar veinte mil personas fuera de los esclavos, y declarándose libre, confiando en la fuerza bruta, comenzó á devastar los territorios cristianos del Paraguay, riéndose de las amenazas de Madrid y de Roma, hasta que la primera de estas córtes permitió á sus colonos usar armas de fuego, y así reprimió la osadía de los Paulistas. Estos entónces dirigieron su actividad á la busca del oro, que hasta aquella época no habia sido recogido sino entre las arenas que arrastraban las aguas, y obligaron á cada Negro á que llevase á su amo todas las noches un octavo de onza de aquel metal. Poco despues de proclamada la independendencia descubrieron la riquísima mina de Jaragua; pero los tesoros de esta no bastaban para saciar la codicia de los Paulistas, que por todas partes buscaban metales. En efecto, habiendo penetrado algunos hasta cien leguas en lo interior de un país de difícil acceso, poblado de tribus belicosas de salvajes, descubrieron las minas de Sabara, y otros se internaron entre las montañas auríferas, donde fundaron á Villa Rica (1690), que veinte años despues de construida, tenia fama de ser la ciudad mas opulenta del mundo. Acudió á poblarla multitud de gente; pero los primeros ocupantes pretendieron dictar leyes y condiciones á los nuevos, de donde se originó una guerra en que sucumbieron los Paulistas.

607.

1683.

Poco tardó Don Pedro, regente de Portugal, en pretender parte de estas pingües excavaciones, y envió á Antonio de Albuquerque como gobernador del distrito de las minas. Con las fuerzas organizadas y con su habilidad logró despues el mismo regente someter á las dos facciones, y fundó una ciudad regular, que fué la de Río Janéiro, dando reglamentos que prefijaban la manera de trabajar las minas y de distribuir el producto entre el Estado y los colonos.

Pero cuando á la muerte de Alfonso VI subió al trono Don Pedro, faltó á los tratados convenidos con Francia en la guerra de Sacion, uniéndose con Inglaterra, y lo mismo hizo Juan V. Los armadores franceses quisieron castigar estas faltas molestando su comercio, y el capitán Duclerc trató de sorprender á Río Janéiro. Escaso de tropas, fué rechazado y tuvo que capitular, y por último fué muerto con muchos de sus compañeros en el momento en que deponian las armas. Duguay-Trouin para vengarse fué á bombardear á Río Janéiro, que

1711.

abandonada por la guarnicion, escapó de la ruina mediante el pago de seiscientos mil cruzados: si á esto se añade las mercancías que fueron robadas, cinco buques de guerra y mas de treinta mercantes que se tomaron ó quemaron, se verá que no hay exageracion en estimar el daño causado en mas de veintisiete millones. Hecha la paz se repuso Río Janéiro y se hizo el depósito de los productos de las minas. Trataron de alzar de nuevo la cabeza los Paulistas, y Villa Rica prosperó tanto que el quinto del oro que se daba á la corona pasaba cada año de 12.000.000 de francos. Los Paulistas, activos para buscar el oro en otros puntos, descubrieron á orillas del Cármen las minas de Mariana y luego las de Cujaba y Goyaz, de suerte que desde el año de 1730 al de 1750, la corona recibió por la parte que le correspondia veinticinco millones de francos al año, esto sin contar lo que por causa del gran fraude que se hacia dejaba de percibir. Como si esto no bastase, se descubrió entónces una mina de diamantes, la mas rica de las conocidas.

Estaba, pues, floreciente el Brasil y enriquecia el comercio, aunque no el de Portugal, sino el de Inglaterra, pues que el tratado de Methuen prescribia que esta nacion fuese la que suministrase á los Portugueses no solo las manufacturas, sino tambien los granos, los pescados salados, los paños, cueros, cambiándolos por el vino del país, y el oro brasileño. Pombal quiso disminuir este despotismo de la Inglaterra, pero no se atrevió á libertar de él á su país. Á fin de que aquella no agotase todo el oro brasileño con el monopolio universal en Portugal, prohibió toda extraccion de oro, y ordenó que la actividad del comercio británico se limitase á las mercancías. Con esto se ocasionaron continuas visitas á los almacenes y libros de caja, y tales vejaciones aumentaron los lamentos, y por último, el gabinete de Lóndres intimó á Pombal que revocase aquella orden tan mezquina como imprudente.

Pombal creyó que prosperarian las manufacturas indígenas imponiendo el cuatro por ciento sobre toda clase de mercancía extranjera á pretexto de reedificar las aduanas destruidas. Concedió el privilegio de comercio con las Indias y con la China á una compañía, siendo el que en realidad ejercia el monopolio Feliciano Velho de Oldemburgo, á medias con el rey y el ministro. Otra compañía obtuvo el privilegio de la trata de Negros y Pombal era el principal de ella. Para quitar á los Ingleses el monopolio de los vinos de Oporto, obligó á los propietarios á que lo vendiesen á un precio determinado á una *Sociedad de vinos*, de la cual se hizo nombrar protector con enorme sueldo. Fué tal el descontento que ocasionó esta medida que en Oporto hubo un levantamiento; Pombal le reprimió con sangre, privó á la ciudad de todo privilegio y la cargó de impuestos, envió á la horca diez y ocho ciudadanos, veintiseis á galeras, desterró noventa y nueve, otros muchos

1713.

1751.

María I.

1781.

emigraron y algunos arrancaban las vides antes que cultivarlas para los demas.

Mas digna de elogio es su conducta por haber abierto el canal de Ocíras, el único de Portugal, y por haber mitigado la suerte de los deudores insolventes. Introdujo en el Brasil plantaciones de azúcar, algodón, arroz, añil, café y cacao. Sus detractores le ridiculizaron porque mandó edificar vastos almacenes en Lisboa para depositar el algodón, del cual se enviaron en 1772 diez libras como ensayo; pero en 1806 ascendian ya de ciento treinta á ciento cuarenta mil balas de cuatro arrobas cada una, y aquellos almacenes no bastaban para el café, el azúcar y el añil del Brasil. Perdida la esperanza de hallar los tesoros de los Jesuitas en el Paraguay, Pombal trató de anular la cesion de la isla del Sacramento, y se negó á adherirse al pacto de familia de los Borbones. De aquí provino la guerra con Francia y España, cuyo único resultado fué el haber formado Portugal un ejército por obra del conde de La Lippe-Buckeburg, el cual venció la repugnancia de los Portugueses á las armas, aunque no tanto que no fuese necesario acudir al alistamiento de extranjeros.

José estaba en tan estrecha dependencia que los cortesanos decian: *Vamos á buscar al rey á la jaula*. Despues de haber perdido el habla de resultas de un ataque apoplético, murió en 1777 sucediéndole su hija María, casada con Pedro III. En breve se levantó el grito de los pueblos y de los presos de Estado contra Pombal, y aunque hizo aparecer en la caja del rey cuarenta y ocho millones de cruzados y treinta en la de los diezmos, fué despedido con honores y sueldo: cerróse el tribunal de Sospechosos, volviéndose á abrir el de la Nunciatura, se abolió la tasa de la sal y se firmó la alianza con España. Los ochocientos presos que habian salido de las cárceles del Estado presentaban continuas reclamaciones, de modo que hubo de instruirse proceso contra Pombal, el cual tuvo que hacer muchas restituciones y que defenderse de furiosas invectivas. Habiéndose vuelto á ver la causa de los pretendidos regicidas, se declaró que quince de sus diez y ocho jueces los habian declarado inocentes, por lo cual fueron reintegrados en sus cargos y en su buena opinion; al paso que por unanimidad se consideró á Pombal digno de un ejemplar castigo. Pero Pombal podia responder á todas las acusaciones *asi lo quiso el rey*, y por esto la reina le libertó de toda pena afflictiva y le dejó los bienes adquiridos, que le rendian anualmente trescientos mil francos, desterrándolo á veinte leguas de la corte. Pombal murió poco despues. Cuéntase que los descubrimientos hechos en aquellos procesos aumentaron la habitual hipocondría de la reina hasta el punto de imposibilitarla para el gobierno, y que hasta su muerte (1816) firmó por ella Don Juan, príncipe del Brasil.

## CAPÍTULO XXVI

Estados Generales.

La Holanda conservaba el amor á la patria y la adhesion á los antiguos usos. Los gravísimos impuestos sobre las tierras, los contratos, el lujo, los consumos, miéntras inducian á vivir arreglada y económicamente, estimulaban la industria, y cada ciudad se dedicaba á un ramo particular de comercio ó fabricacion. Los Holandeses, dueños de las sedas de Persia y de las drogas del Asia, vestian de lana y comian pescado y frutas: la limpieza y las flores eran el único adorno de sus casas, y al mismo tiempo no perdonaban gastos en materias de beneficencia ó instruccion públicas. La imprenta era en su país completamente libre.

En otro lado hemos expuesto nuestra opinion acerca de su libertad (1). El haber subido uno de sus ciudadanos al trono de la Gran Bretaña los envolvió de grado ó por fuerza en todos los movimientos europeos, y aun en aquellos en que no tenian intereses que defender. Su oro fué el auxiliar mas poderoso de Austria en la guerra de Sucesion: sin embargo, la paz fué desventajosa para Holanda y le permitió ver cuánto se habia despoblado y empobrecido. La adquisicion que hicieron de fortalezas de guerra (1747), no les ocasionó mas que graves gastos y nuevas guerras, y las que tuvieron contra Francia, mal dirigidas, produjeron una revolucion interior.

La casa de Orange, aunque desde el principio del siglo habia cesado de estar á la cabeza del gobierno, no dejaba de bullir y de tener grande intervencion en las cosas públicas. Sus muchos partidarios comenzaron á murmurar que se queria sacrificar el ejército de tierra á la marina, y reunidos ambos en Terweere, ciudad que permanecia independiente, obligaron al burgomaestre á proponer por estatúder y capitán general al príncipe de Orange. Aprobado el partido por la ciudad se hizo la proposicion á los Estados de la provincia, y en breve Guillermo IV, sostenido por tropas austríacas é inglesas, fué proclamado *stathouder general*, cargo hereditario aun para las mujeres, y al cual se unió el de gobernador de las Indias Orientales. Guillermo, príncipe virtuoso, favoreció las manufacturas y el comercio, alma de su país, sin descuidar las ciencias y las artes, como docto que era tambien. Generoso y tolerante, tuvo gran poder porque era amado; sin embargo, poco lo disfrutó.

Guillermo V, su hijo, de tres años, le sucedió bajo la tutela de la viuda Ana, hija de Jorge II de Inglaterra. Auxiliada esta por el duque Luis Ernesto de Brunswick, feldmariscal de la república, continuó las reformas comenzadas por su marido, se mantuvo neutral en las torpes

Guillermo IV.  
1747.  
Abril.Guillermo V.  
22 de octubre.

(1) Tomo V, lib. XV, capítulo 23.

1780-  
12 de  
enero.

guerras de los Siete Años, se gozó en la decadencia de la marina francesa, protegió las ciencias, y en la sociedad de Harlem reunió los trabajos esparcidos y hasta entónces no alentados. Muerta Ana, quedó de tutor Luis, á quien Guillermo cuando llegó á la mayor edad suplicó que le continuase dando sus consejos. Pero la decadencia de la república habia comenzado ya, el comercio se disminuía y la pesca de los arenques era muy escasa.

Los filósofos franceses encontraban fautores en Holanda, por lo cual el duque Luis creyó que debía restringirse la libertad de imprenta; prohibió el *Emilio* de Rousseau, y se mandó que las obras de protestantes sobre religion necesitasen de la aprobacion de la universidad de Leiden. Algunos turbulentos excitaban á los jansenitas que se habian refugiado en Holanda, teniendo un fuerte campeon en el famoso Quesnel. La Iglesia de Utrecht principalmente estaba de su parte; todo el cabildo habia apelado contra la bula *Unigenitus*, y los sacerdotes se hacian ordenar por obispos de aquella opinion.

Desde la Reforma, la jurisdiccion habia sido ejercida en Utrecht por vicarios apostólicos: á la sazón se eligió un arzobispo sin las formalidades regulares. Roma se quejó, pero no fué escuchada, y apareció el cisma sostenido por el célebre jurista Van-Espen, que no ha concluido todavía.

La mayor parte de las ciudades eran gobernadas por aristócratas. En Amsterdam, el consejo se componia de treinta y seis consejeros y doce burgomaestres, que ejercian su cargo de cuatro en cuatro, manejando los fondos y nombrando para los destinos. El consejo presentaba catorce candidatos al estatúder, que elegia entre ellos nueve escabinos para administrar justicia, y de estos se apelaba al tribunal de Holanda, compuesto de ocho diputados holandeses y tres zelandeses. Á los Estados de Holanda, presididos por el gran pensionista, iban los diputados de diez y ocho ciudades y diez diputados de los nobles que tenian un voto colectivo. Por lo tocante á la Zelanda, la nobleza estaba representada por el príncipe de Orange y las ciudades por los diputados. La Güeldres estaba formada por la Confederacion de las ciudades de Harneim, Zutphen y Nimega. En la asamblea provincial de Utrecht tenian voto cinco ciudades y la nobleza comprendia á todos los propietarios. En la Frisia, cada pueblo tenia un representante noble y otro plebeyo rico. En el Over-Yssel tomaba parte en los Estados todo el que poseía una tierra noble de veinticinco mil florines. Los diputados de las siete provincias formaban la asamblea de los Estados Generales y el consejo de Estado. No residia en los primeros la soberanía, sino en las asambleas provinciales, y el segundo tenia el poder ejecutivo. El estatúder, como protestante, se apoyaba en los Ingleses; los Estados Generales buscaban apoyo en Francia, y de aquí la contienda entre las dos facciones. Asegurada la paz por el tratado de las barreras, se disminuyó

considerablemente la fuerza del ejército, y se creyó inútil mantener la escuadra, pues se contaba por aliada á Inglaterra. Por esto se decia entónces que la Holanda podia pagar todos los ejércitos de Europa, pero no podia oponer resistencia á ninguna.

En los diez primeros años, Guillermo V marchó de acuerdo con los Estados Generales; pero volvió á aparecer entre ellos el partido llamado antiguamente de Löwestein y Witt, transformado á la sazón con la máscara de filantropía y el nombre de *patriotas*, cuyo objeto era derribar del poder á los Oranges. Á este partido pertenecian los grandes comerciantes, los *mennonitas*, especie de anabaptistas de excesiva devocion y de afectada humildad, y los *descontentos*, muchedumbre compuesta de los que habian esperado en vano empleos ó recompensas del rey, y el vulgo los secundaba porque gritaban.

No estaban contentos los oligarcas gobernadores de las ciudades con los resultados de la revolucion de 1747, que habia restringido sus poderes, ni tampoco se hallaban satisfechos los Orangistas viendo á Guillermo inclinarse hácia sus antiguos adversarios con la esperanza de atraérselos. Por otra parte los Oranges, como emparentados con la casa real de Inglaterra, participaban del odio ó del amor que sobre ella recaían, y cuando estalló la guerra de América, se aumentó en Holanda la agitacion de los partidos. Los patriotas reclamaban el aumento de las fuerzas maritimas para proteger el comercio contra los Ingleses; los orangistas querian organizar ejércitos de tierra para dar á aquellos los auxilios á que estaban obligados; y tanto se hizo que la Gran Bretaña declaró la guerra á Holanda.

Fué este un golpe terrible para el partido orangista, que siempre habia procurado la paz, y la *Asamblea de los regentes patriotas* formó un proyecto de reforma, segun el cual los Estados debian tener independencia absoluta, plena soberanía y el mando de los ejércitos, y el estatúder era excluido de las asambleas, es decir, del gobierno, quedando privado del derecho de nombrar los funcionarios públicos y los oficiales superiores de las tropas. Con arreglo á este proyecto los patriotas formaron *compañías francas* de ciudadanos, excluian á los Católicos del gobierno, y difundian calumnias y libelos. Exacerbados los Holandeses al ver destrozada la marina en la guerra contra la Gran Bretaña, renovaron los antiguos prodigios, armando catorce navíos de línea, diez y ocho fragatas con mil doscientas y tantas bocas de fuego, y ocho mil hombres de tropa, que en catorce meses costaron mas de cuatrocientos mil florines; y en la batalla de Doggerbank se mostraron todavía héroes. Al mismo tiempo hacian un comercio muy activo, tanto que en 1780 unos dos mil quinientos buques suyos pasaron por el Estrecho del Sund, en el cual las potencias del Norte no permitian la entrada á ningun buque corsario ni de guerra.

5 de  
agosto-  
1781.

Pero era demasiado superior Inglaterra. Para Holanda era importantísima la pequeña isla de San Eustaquio, depósito de las mercancías de todas las naciones que iban allí á cambiarse; solo de mercancías de Holanda habia en esta isla por valor de diez y seis millones de florines, además de cuarenta naves con ricos cargamentos. Rodney se presentó y obligó á rendirse á la isla y lo mismo á Surinam, Demerary y otras ricas en géneros coloniales: al mismo tiempo apresó muchas naves y se apoderó de los establecimientos de Malabar y de Coromandel. En vano con la promesa de grandes premios se alentaba á los particulares á armar buques en corso: en vez de obrar se disputaba. Las desgraciadas empresas de las Indias Orientales probaron la debilidad de Holanda, y á la paz por la interposicion de la Rusia, los Ingleses les restituyeron sus posesiones; pero despues de haber causado inmensos perjuicios á sus comerciantes y obligado á Holanda á que dejase libre el comercio con sus colonias (1).

Nuevas desgracias se unieron á las anteriores. Los Negros de la colonia de Berbicos, á quienes se trataba de la manera mas cruel, se habian sublevado muchas veces, y al fin se levantaron con aquel furor que excita el largo sufrimiento. Costó mucha sangre volverlos al yugo, y en consecuencia de esto se siguieron grandes quiebras, que acabaron con el crédito.

Libres ya de tan formidables enemigos, los Holandeses estuvieron á punto de sucumbir á un desastre natural. Los diques que defienden la existencia de sus ciudades se habian destruido algunas veces, ocasionando incalculables desastres y pérdidas. Pero hácia 1730 se advirtió que un gusano desconocido que habia venido con las naves de Oriente roía los piés derechos de las estacadas, y no conociendo remedio contra él, temian ver al mar recobrar el contrastado dominio. Sin embargo, quisieron prevenirse cambiando el método de construccion, haciendo los diques de piedras, que protegiesen las estacas y al mismo tiempo resistiesen el ímpetu de las olas. La sociedad de Harlem propuso repetidas veces como tema para los concursos el modo de tapar las hendiduras que de cuando en cuando se hacen en los diques, y por el celo que desplegó en este asunto, mereció que se la uniese á la Academia de ciencias. Ocurrieron tambien otros desastres, principalmente en 1760 por los terremotos, incendios y roturas de diques: una furiosa tempestad acabó con los vidrios pintados de Gonda, obra maestra irreparable. En 1770, una fiera epizotia diezmó los rebaños; el año siguiente se incendió el colegio del almirantazgo de Harlingen, y el tea-

(1) P. J. DUBOIS, *Vies des gouverneurs généraux avec l'abrégé de l'histoire des établissements hollandais aux Indes Orientales*, Haya, 1763.

DIRK VAN HOGENDORP, *Berigt van den tegenwoordigen Toestand der Batafsche Bezittingen in Oost-Indien, nan den Handel op dezelve*. Delft 1799.

tro de Amsterdam y todo el barrio inmediato perecieron por las llamas: en 1774 el mar inundó el Haya.

Los ánimos contristados desfogaban su descontento en invectivas contra el poder. Á la oposicion aristocrática se asociaron entónces los demócratas, que desafiando el poder de los magistrados, intentaban popularizar el gobierno, y Francia los sostenia por el deseo de destruir la influencia inglesa. Guillermo V insistia en que se aumentasen las fuerzas maritimas y las de las fortalezas y pedia dinero; pero la lentitud propia de aquel gobierno y de aquella gente hicieron que nada se adelantase. Acusándose al estatúder de haber descuidado el aumento de la marina por connivencia con Inglaterra, se quiso derribarlo y se comenzó por atacar al duque de Brunswick, que era su brazo derecho. Su severidad en lo concerniente á la disciplina y á la jurisdiccion militar le suscitó algunos enemigos, que se aumentaron al ver la preponderancia que ejercia en el ánimo del estatúder. Algunos burgomaestres propusieron á este que una *comision permanente* de dos diputados por cada Estado desempeñase los negocios en lugar del duque, cuya destitucion pedia la opinion pública. En vano Guillermo despreció estos ataques; en vano el duque en las informaciones que él mismo provocó logró probar su inocencia; tuvo que retirarse del país, y todavía su ausencia no mitigó la persecucion que le habian declarado los periódicos. Orange en la *primera Memoria* á los Estados Generales puso de manifiesto con energía y sencillez la situacion del país, indicó lo que habia hecho para restaurar la marina y evitar la guerra, y concluyó pidiendo que se hiciesen leyes que lo pusieran á cubierto de los continuos ataques y escandalosas calumnias de que era objeto, los cuales eran un obstáculo para el gobierno, y se le dirigian sin reparo como si solo el estatúder estuviese obligado á sufrir sin murmurar todo linaje de injurias.

Federico II interpuso muchas veces su mediacion para reconciliar los opuestos bandos y sostener al estatúder, pero los innovadores confiaban en la Francia, la cual les prometia impedir que otros interviniesen en sus negocios interiores; los periódicos continuaban desencadenándose cada vez con mas furia contra el poder; multiplicábanse las sociedades secretas; los cuerpos francos eran el receptáculo de todos los enemigos de Orange, y se ejercitaban continuamente en el manejo de las armas, manifestando á cada paso nuevas exigencias y excitando contiendas con las guarniciones; y los setenta y seis regentes formaron una confederacion para proveer de remedio á los males de la patria, restaurar el gobierno republicano y restablecer la religion reformada.

Estos disturbios privaron de la vista y del gobierno á Guillermo. Los desórdenes que estallaron en la provincia de Utrecht con motivo de las pretensiones de la ciudad, que aspiraba á

1782.

nombrar por sí los cuerpos municipales, fueron imitados en otras provincias y dieron impulso á la guerra civil. Guillermo quiso restablecer el orden por medio de la fuerza, y entonces los Estados de Holanda lo declararon suspenso en el ejercicio de sus funciones de estatúder ó capitán general de las provincias, no obstante que por la constitucion era inamovible y soberano. Con autoridad tan limitada, que no podia ni aun aumentar la guarnicion de una fortaleza sin consentimiento de los Estados, gozaba, sin embargo, Guillermo de una pompa régia. Su escudo de armas ondeaba en los estandartes con el de la república; á él solo se hacian honores militares en el palacio de los Estados, que era su residencia, y del cual salia por una puerta que solo se abria para él. Era, pues, difícil que no desease mayor autoridad, tanto mas cuanto que tenia al vulgo de su parte. Fraguó en efecto un levantamiento popular con los pensionarios; habiendo fracasado este, se retiró á Güeldres, donde ejerció un poder absoluto, pero encontró mucha oposicion. Federico Guillermo, sucesor de Federico II y cuñado del de Orange, tenia grande empeño en conservar la paz, y envió á Gortz, ministro mediador y bien querido, con plenos poderes. No consiguió reconciliar á los partidos, ántes por el contrario, se dió en Amsterdam una batalla. El gabinete de Versalles fomentó las esperanzas de los republicanos, que confiaron sus fuerzas al general Van Russel quitando tambien esta porcion de poder al estatúder; la Holanda armó y colocó un cordón de tropas por toda la extension de la frontera, mandado por el rhingrave Federico de Salm, y á Guillermo se le declaró destituido del estatúderato y del almirantazgo. Su mujer, que lo habia estimulado á la resistencia, resolvió trasladarse en persona al Haya, esperando restablecer con su presencia la autoridad de su marido; pero fué detenida en los confines de la provincia, y se le hizo volver bajo escolta. Contra esta inaudita afrenta invocó venganza del rey de Prusia, su hermano, el cual habiendo pedido y no obtenido satisfaccion, declaró la guerra á Holanda. Los Prusianos, impetuosos y en gran número, invadieron el territorio de la Union; los republicanos se sintieron incapaces de resistir la invasion extranjera; el rhingrave de Salms, falto de valor y de lealtad, dejó que tomasen las ciudades de Utrecht y del Haya; la extremada sequía hizo inútil la rotura de los diques, y los Prusianos acabaron en tres semanas la conquista de un país que los Españoles no habian obtenido en ochenta años, ni el gran Luis en tantas campañas. Por último, Amsterdam tuvo que capitular, y reuniéronse allí los Estados Generales, revocaron los decretos dados contra el príncipe de Orange, y Guillermo, restablecido sin aquel incremento de autoridad que suele ser el resultado de las revoluciones fallidas, se mostró moderado. El rey de Prusia nada pretendió, ni aun los gastos de la expedicion; pero hizo alianza con Holanda é Ingla-

terra, de modo que Francia perdió vergonzosamente las arterias y el dinero empleados para obtener preponderancia en aquel país.

## CAPÍTULO XXVII

Confederacion Helvética.

La Suiza, despues de reconocida por el tratado de Westfalia, se habia mantenido tranquila sin cambiar de fronteras. Si todas las confederaciones son débiles en el lazo comun, salvo en los casos de peligro, tanto mas lo era la helvética, donde á este elemento de debilidad se agregaban los resultantes de las disensiones religiosas y del dominio comun de todos ó de algunos cantones sobre posesiones antiguas. Dominando en esta alternativamente, alternativamente favorecian á sus correligionarios, y unos cantones á otros se acusaban de injusticia y de abusos: á los cantones católicos les parecia que Berna y Zurich se aliaban en su daño con Holanda é Inglaterra; los reformados echaban en cara á los demas la liga borromea y la amistad con España y Saboya, y estas reyertas llegaron á tal punto que Zurich y Berna declararon la guerra á los cantones católicos, guerra que terminó por medio de árbitros.

Los Suizos no tienen como los demas reformados un libro propio simbólico, y la primera confesion helvética de 1536 habia caducado desde que Calvino habia hecho triunfar el dogma de la predestinacion. Á este dogma se atenian todos los calvinistas de Francia, pero como disgustase á muchos, el cura de Saumur, Moises Amyraut, escribió la defensa de Calvino, modificando la doctrina de la predestinacion de modo que casi no se diferenciaba de la gracia universal de Lutero. Esta doctrina dió mucho que decir entre los reformados de Francia; sin embargo, fué aceptada, y desde allí se difundió por la Suiza, sin que se opusieran los ortodoxos de este país. Entonces los gobiernos de Zurich, Basilea y Ginebra adoptaron un libro simbólico (1) en veintiseis artículos, en que se condenaron las doctrinas de Amyraut y de Luis Cappel, Suizo, el cual pretendia que era moderno el origen de los puntos diacríticos en la escritura hebrea. Los reformados alemanes se opusieron á esta condenacion y de aquí se originaron odios y persecuciones; Berna estableció un tribunal religioso para vigilar las creencias y las costumbres de los ciudadanos, especie de inquisicion que prodigó las prisiones y los destierros. Solo el tiempo pudo calmar estas discordias, y poco á poco el *Consensus* fué considerado como fórmula de doctrina sino de fe.

El dominio del Toggenburg causó otra guerra

(1) « Formula consensus Ecclesiarum helveticarum reformae circa doctrinam de Gratia universali et connexa, aliaque nonnulla capita. »

con el abad de San Gal que pretendia mandar allí como déspota, sostenido por el imperio; guerra cruelísima que duró hasta 1718 y fué la última religiosa. Las disensiones se habian apaciguado ya con el tratado de Aarau, que concedió la libertad de cultos, y en Baden la paz pública determinó lo conveniente acerca de las propiedades comunes, ya en derecho civil, ya en materias religiosas. Cuando la revocacion del edicto de Nántes y despues cuando la persecucion promovida por Luis XV, muchos protestantes de Francia se refugiaron en Suiza con sus industrias; estos introdujeron en el país de Vaud el cultivo de la vid y los terrados que dan un aspecto tan risueño á las cercanías de Vevey; y en Lausana establecieron un seminario mantenido á expensas de muchas potencias protestantes. Desde entonces continúa el equilibrio entre los diversos cultos; pero mientras la gente educada se dejaba invadir por el filosofismo, el pueblo ignorante conservaba una devocion no exenta de supersticiones.

Cuando Luis XIV invadió el Franco Condado (1668), los cantones determinaron el contingente que en caso de peligro debia dar cada uno, el cual se componia de noventa y tres mil hombres, divididos en tres cuerpos de ejército. Entretanto los cantones arreglaban ó alteraban su constitucion interior. Los patricios dominaban en Lucerna, Berna, Friburgo y Soleura; la alta ciudadanía ó las familias en Zurich, Basilea, Schaffhausen, Ginebra y San Gal, teniendo subyugados los campos; y hasta en los cantones democráticos habia una nobleza, procedente de servicios prestados y hereditaria, pero sin privilegios legales.

Los señores gobernaban cuerda, pero arbitrariamente, y las ciudades tiranizaban á los habitantes de los campos, ilotas á quienes no dejaban hacer otra cosa mas que trabajar y pagar: bailios insolentes y ávidos castigaban cruelmente las menores culpas, y á fuerza de multas agotaban las fuerzas de los campesinos. Cuando estos hacian reclamaciones, los parientes y todos los nobles sostenian á los magistrados en los consejos y en los tribunales y su impunidad alentaba á los subalternos. En 1653 los campesinos comenzaron á murmurar del impuesto sobre la sal y de la disminucion del valor de la moneda borrada. Los de Lucerna primero y despues los de Berna, Soleura y Basilea tomaron las armas; y así como en otro tiempo los condes y los señores se habian redimido del yugo imperial para adquirir el dominio hereditario de su territorio, y así como despues las grandes ciudades se habian rescatado del dominio de los condes, de la misma manera entonces los campesinos querian emanciparse de la dominacion de las ciudades y ser libres é iguales á los ciudadanos. No habia llegado el tiempo de esta reforma, y las armas y los suplicios volvieron á imponer el yugo á los insurrectos: no obstante, se introdujeron algunas mejoras.

Véanse en la Confederacion ejemplos de todas las clases de gobierno, de democracia absoluta en Schwytz, de estrecha aristocracia en Berna, de oligarquía en Lucerna, de monarquía constitucional en Neuchatel, de poder teocrático en Porentruy; de todas las combinaciones municipales en Basilea, Zurich, Ginebra y San Gal; y de la caprichosa agitacion de las facciones de la edad média entre los Grisones, distribuidos en ciento cincuenta repúblicas rurales, no connexionadas entre sí sino por los partidos de los Planta y de los Sális. Tambien se veian todos los grados de dependencia en los países sometidos, en los cuales dominaban alternativamente los partidos.

En 1481 se reunió la primera Dieta, á la que mandaron diputados todos los cantones. Despues se acordó el reunirlos todos los años, y la convocacion se hacia en Zurich. En un principio se reunieron en Baden, en la Argovia, dos diputados por canton, y despues en 1712 en Frauenfeld, en la Turgovia.

Entre las guerras de gabinete que envilecieron aun mas que arruinaron la Europa, la moderacion de los jefes federales supo resistir las intrigas de los reyes que querian arrastrar á la Suiza en sus contiendas. De aquí resultó un aumento de prosperidad para esta nacion, que ademas de dar fomento á las artes y á la industria, produjo hombres insignes, como Rousseau, Bodmer, Hottingler, Steinbückel, Bernouilli y Euler, matemáticos; Lambert, astrónomo; Saussure y Bonnet, naturalistas; los médicos Haller, Tissot y Zimmermann; el historiador Müller; Lavater, cuyas teorías fisiológicas decayeron, pero cuyos himnos patrióticos no han sido olvidados por el pueblo, y Gessner, que pintando el sosiego pastoril procuró á los lectores el placer de entregarse á agradables fantasías.

Sin embargo, no era ya la Suiza el país poético de la franca libertad; el amor á las riquezas y al poder habia invadido los corazones. Adulando á los extranjeros y sirviéndolos no solo con las armas (1) sino tambien con las intrigas, se buscaban títulos, condecoraciones, collares. Los pequeños cantones, envidiosos de los grandes que prevalecian, pensaban fortificarse con alianzas extranjeras, y los embajadores de las potencias atizaban los rencores intestinos. Humildes en lo exterior, eran orgullosos en lo interior de su país: unos cuantos oligarcas dominaban sobre el vulgo despreciado, y un imprudente egoísmo hacia que se prefiriese á la Suiza el propio canton, y al canton la propia clase.

Así los grandes eran por lo ménos tan serviles en Suiza como en las monarquías, al paso que la situacion del vulgo era allí peor que en estas. Ninguno se cuidaba de la educacion ni de las

(1) La Suiza tenia millon y medio de habitantes, de los cuales una tercera parte pertenecian á los cantones de Berna y Zurich. Treinta y ocho mil estaban al servicio extranjero por cuatro años.